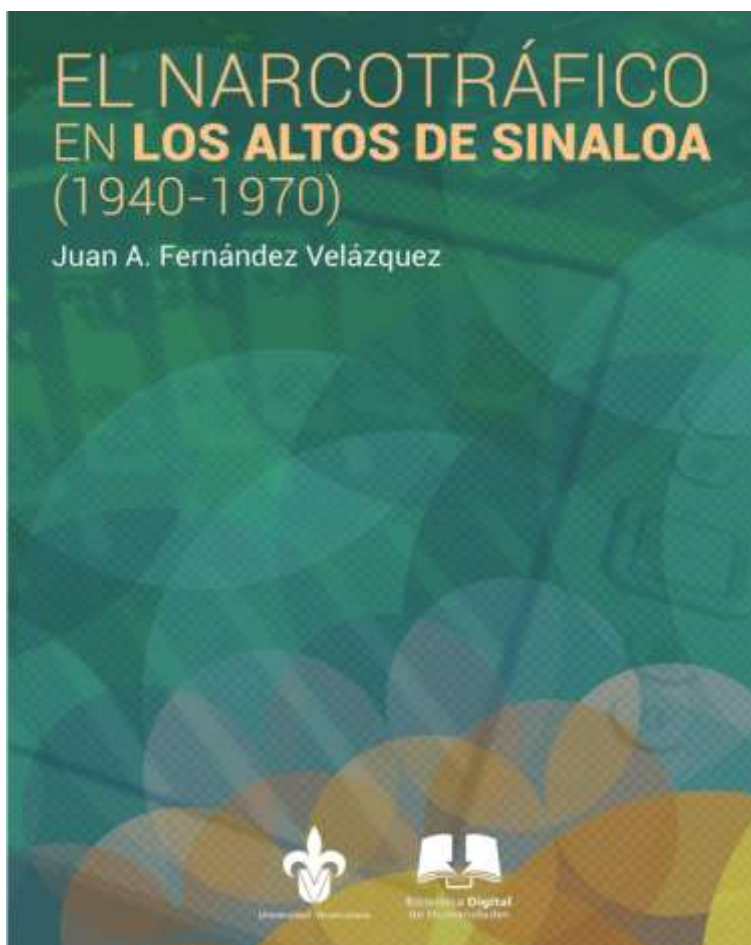


RESEÑA DE LIBRO

TÍTULO: EL NARCOTRÁFICO EN LOS ALTOS DE SINALOA (1940-1970)



Autor: Juan Antonio

Fernández Velázquez

Editorial: Universidad

Veracruzana.

Año de edición: 2018

ISBN: 978-607-502-695-4

149 pag.

**Dolores Imelda Romero
Acosta⁸⁸**

El término narcotráfico para el sinaloense es de lenguaje cotidiano, desde los habitantes de la costa, los valles y los altos ha permeado hasta llegar a ser una

expresión común, esto pone en evidencia que está presente en diversos espacios de la vida diaria, al respecto y con un estudio serio Juan Antonio Fernández Velázquez provoca voltear a ver el termino bajo una génesis que no ha sido valorado por la mayoría, en ese sentido invito a que hagan un análisis de la obra presentada por el autor y recorrer toda

⁸⁸ Maestra en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma Indígena de México/dimeldaromeroa@gmail.com

una narrativa que indica cómo fue que el Narcotráfico en los Altos de Sinaloa (1940-1970) conformo en la práctica y costumbres toda una cultura en el sinaloense.

En muchos de los temas tratados entre la gente se da por sentado que existen grandes grupos que se han apropiado de territorios y estos son resguardados por un cartel, también se refleja en la plática cotidiana el conocimiento popular que narcotraficante es sinónimo de valentía, arrojo y riqueza y todos los agregados de esta última, mujeres, carros de lujo, fiestas, joyería ropa de marca y un largo etcétera, hasta llegar a ser codiciado por la forma tan fácil que lo hacen, se ha construido toda una narrativa con los narcocorridos, las narco series, narco películas y hasta los mismos programas de noticias a nivel nacional y local.

Con todos estos agravantes el que el doctor Fernández Velázquez se haya dedicado a construir algo más profundo dictando los porqués y los cómo de la conformación de todo este imaginario que tenemos los sinaloenses con respecto al narcotráfico, es relevante y debe analizarse para incorporar toda esta investigación a debate en las mesas de diálogos de las universidades, de los cafés, de los noticieros y de los decisores de las políticas públicas en sus tres niveles.

Una visión moderna que incorpora los estudios regionales en el estudio del tema, se adentra desde la génesis, como dice su autor, cuando aceptamos la aparición del narcotráfico como un elemento sociocultural y hacer de la vida ilícita parte de la costumbre.

Como hipótesis Fernández Velázquez dicta “La hipótesis que guio esta investigación es que durante el intervalo de 1940 a 1970 la producción y distribución de amapola y mariguana significó una actividad de subsistencia para muchos habitantes en Los Altos de Sinaloa. Su organización, basada en relaciones de parentesco, vecinales y comerciales posibilitó la formación de clanes y con ello la institucionalización del narcotráfico esto generó un conjunto de prácticas y hábitos en los cuales la convivencia de tradiciones y costumbres rurales mezcladas con las formas y normas sociales propias de los grupos urbanos facilitaron la configuración del narcotráfico” misma que logra desarrollar en los tres capítulos que alberga este contenido.

La siembra de amapola y mariguana en la sierra sinaloense, así como la producción de opio, se convirtió en una práctica cotidiana en la medida que propició la participación colectiva de los habitantes de diferentes poblados, encontrando un mecanismo de asociación a partir de construir vínculos sanguíneos, vecinales y comerciales que contribuyeron a que esta actividad se consolidara en la región, tesis que desarrolla en todo el contenido dando claridad.

El autor se dirige a una serie de problemáticas sociales como “el crecimiento demográfico, la migración de las zonas rurales a las urbanas, la explosiva demanda de servicios públicos, la insuficiente capacidad de respuesta gubernamental para atender esta expectativa desbordada y la dependencia del patrón de desarrollo agrícola coadyuvaron a la proliferación del narcotráfico en la región alteña” que van estableciendo al narcotráfico como un camino a dar soluciones a un listado de necesidades que el gobierno no respondía.

Otro concepto que da pausa a explicar el fenómeno estudiado es el de redes que retoma de Ciro Krauthausen y Fernando Sarmiento, asume el concepto de redes, vinculadas a la economía ilegal de la droga, considerándola como una actividad de carácter racional que favorece la creación de un mercado, cuando se comercializa las drogas donde se tiene oferta y demanda, y toda una compleja red de distribución.

Así mismo da uso de la historia social del crimen como parte fundamental para interpretar la parte ilegal que cae en delito por parte del narcotraficante.

En el primer capítulo, se establece la construcción de la región de los altos de Sinaloa la evolución de su territorio, concibiendo al espacio como un orden adaptado por las relaciones sociales, y una hechura histórica, este capítulo crea en el lector una imagen nítida del contexto donde desarrollo la investigación, destaca de los altos de Sinaloa edifican su vida en la temporalidad de los ciclos de la agricultura, la minería, el pastoreo, los aserraderos y el jornal en los campos agrícolas de los valles a los que bajaban en busca de trabajo. Entre montañas y valles es como se lleva a cabo las prácticas culturales, sociales y económicas subraya el autor.

Localizando a los municipios de Choix, El Fuerte, Sinaloa de Leyva, Mocorito, Badiraguato, Cosalá, parte de Culiacán, de Elota y San Ignacio; como los Altos de Sinaloa, colindan con el estado de Durango y Chihuahua, subraya desde las dimensiones de las planicies, enmarca la sierra madre occidental, así como crea una idea general de la actividad económica que ha acompañado a esas regiones, establece un contexto que introduce al lector.

Así mismo recapitula las familias que han dado origen al sistema empresarial sinaloense, menciona apellidos reconocidos, así como familias griegas, induce a revisar la historia de los empresarios agrícolas de Sinaloa.

El autor recorre la política agraria que vino a crear todo un sistema hidráulico que transformo los campos sinaloenses, pero todo ese cambio fue en el valle no así en los altos, destaca el crecimiento de las empresas agroexportadores siendo el tomate rojo productos de horticultura, posteriormente en los sesenta los forrajes y oleaginosas, mientras el valle daba nuevas expectativas para las zonas urbanas del estado, no fue así con las zonas rurales como los municipios alteños que quedaron estancados.

En este sentido, Fernández Velázquez sostiene que el choque cultural de los hábitos y tradiciones de los altos no fueron modificados por la cultura urbana citadina, así que mientras acudían a laboral a los valles llevaban consigo toda una serie de códigos y conductas que fueron incorporándose a la vida de la ciudad que estaba en crecimiento exponencial.

Igual retoma que la mecanización y tecnología no llega a los altos de Sinaloa, acompañado de falta de instituciones de educación, siendo la zona del estado con mayor analfabetismo los toma como factores que incidieron en lo que hoy es, los altos.

Todo esto acompañado de una actividad económica primaria y temporal, en ciertos casos como la agricultura, se hicieron dependientes de la siembra de mariguana y amapola como sistema de producción alterno al legal para sobrevivir. Del hecho que “La participación familiar en las actividades económicas continúa siendo la unidad básica de producción campesina” (p. 25) se crean las redes familiares que sostienen en el periodo estudiado al nacimiento del narcotráfico.

Explica que el proceso fue alternando el cultivo de amapola y mariguana durante los meses de septiembre a enero. Utilizando mano de obra de personas dedicadas a la agricultura en el valle, empleándose como sembradoras y cultivadoras de enervantes, y los que tenían a la ganadería como actividad económica podían invertir como intermediarios o dedicarse al procesamiento de goma de opio, mientras que los mineros o comerciantes, ofrecían al mejor postor la droga, utilizando sus establecimientos como fachada para vender el producto.

La escasez de fuentes alternativas de ingreso monetario forzó la migración de los altos a Culiacán y con ello la comercialización de los enervantes, en muchos de los casos existió el honor como lealtad en los vínculos sociales y comerciales, que se crearon formas y mecanismos que han dado vida y comportamiento a las redes, pero con lazos sanguíneos, compadrazgos que se entrelazan para cuidar la droga. Aunado a esto la impunidad, apoyo de autoridades legales.

Se destaca que el autor hace entrega de datos contundentes que hacen valer su dicho en este capítulo logra introducir al lector en el origen del espacio que sirve como lugar territorial para la siembra de la droga, así mismo interpreta los hechos del periodo estudiado de tal manera que logra sostener como se funda un carácter formal de aceptación de la siembra de enervantes.

Al final del capítulo uno, expone de una manera muy clara, evidencia que hizo un estudio profundo sobre el cuidado de la siembra y cosecha y tratado de las plantas que son de uso para procesar drogas que se consumen en el mercado.

En el segundo capítulo asienta la historia social del narcotráfico, estudio de las prácticas transgresivas de los individuos en colectividad, conduce durante su lectura a comprender la organización, ejercicio del poder, tensiones y conflictos, así como acuerdos y equilibrios entre grupos criminales y lazos de interdependencia. Entrelaza la acción cotidiana en la zona rural de la sierra de Sinaloa, hasta manifestar como se llega a la apropiación de la tierra y la comunidad, haciendo legítimos conductas y reglas que se construyen a la par de identidades, propias del individuo y en lo colectivo crear organizaciones dedicadas al ilícito

de las drogas con una estructura informal basada en la vecindad, el parentesco y la camaradería.

El individuo marca una serie de códigos que dan legitimidad a su grupo, estableciendo nuevos roles, aunque ilegales, estos operaban paralelos a la legalidad en forma de códigos penales, todo encaminado a la sobrevivencia del grupo.

Bajo este código de conducta y creación de redes familiares y sociales, el estado solo buscaba resultados con decomisos y quema de droga, no atacando lo social ni cultural que la práctica cotidiana venía construyendo, reforzando una de las ideas principales del autor, que el dedicarse a la siembra, procesamiento y tráfico de amapola y mariguana se realizaba como un oficio que trascendía por generaciones, teniendo implicaciones de orden social y cultural, elementos que explican su arraigo.

Este capítulo llega a su cometido gracias a las fuentes judiciales donde el autor encuentra las voces de las familias, vecinos que narran situaciones que permiten comprender como fue configurándose las redes entre los mismos narcotraficantes ya que consideraban su actividad como una actividad económica que permitía obtener un ingreso para sobrevivir. Igual, en este capítulo se atiende el llamado que hace el autor, excluir a los grandes capos y sus lujos que dan origen a una historia del narco sinaloense muchas veces contada, vista y reproducida en televisión y redes sociales, pero la vida de las personas que iniciaron esta actividad ilícita actualmente de personas que solo querían pasar una vida con las necesidades básicas resueltas y que su territorio no daba más, por carencia de las políticas de gobierno, cumple con esa intención.

No deja de lado la participación de la autoridad que, en forma de contubernio y complicidad, incluyendo la adicción de sus integrantes, igual fueron un elemento que permitió el crecimiento de la actividad ilícita de la comercialización de la droga en Sinaloa y fuera del estado.

El análisis de los archivos judiciales da pie a formar todo el sistema de red que operaba de manera cotidiana en las ciudades de Sinaloa, entre ellas Mazatlán, Los Mochis y Culiacán, es casi tipo película o novela que al leer el capítulo 2, vamos considerando la trama de la

historia de cada caso estudiado y al final nos concluye con los cómo, y los qué y quiénes eran los actores principales.

La revisión de archivo judicial, dio pauta para una elaboración concreta sobre la vida cotidiana de los productores y comercializadores de la droga, destacando que la vida cotidiana construye historia, asume la posición de enmarcar la continuidad de los actos más comunes, para darle esa relevancia histórica.

Explica que la cotidianidad debe verse como ese hilo conductor que une a la sociedad, en todo su conjunto.

Estudia al sujeto que cohabita en los altos, en un ambiente específico, así como sus prácticas para las interrelaciones entre ellos, igual analiza como el narcotráfico se enraíza en la comunidad, pasando de ser algo temporal a una práctica común en la siembra, producción y comercialización de enervantes en los altos de Sinaloa.

Concluye Fernández Velázquez el narcotráfico se consolida como un oficio común, para la década de los setenta, resultado de la herencia generacional de formas de vida en un ambiente rural en los altos de Sinaloa, tradición y costumbre de sus pobladores que la aceptan como una actividad económica.